

CIENCIA DE LA NATURALEZA Y HUMANISMO

Con mayor fuerza cada año que pasa, la ciencia de la naturaleza de Occidente determina nuestras formas de vida sobre toda la faz del planeta. En el mismo instante de la historia se le escapan las riendas de las manos al hombre occidental que supo regir y dominar tan vastas zonas de la tierra. Los instrumentos de nuestra invención y nuestra investigación están hoy al servicio de un espíritu distinto del nuestro. Su acción inmediata no sabemos cuál será, pero la presentimos como una amenaza... y motivos para ello no nos faltan, ciertamente.

Los métodos occidentales para dominar y reducir las fuerzas de la naturaleza traen consigo una nivelación de la técnica de la vida, de universal amplitud. Pero en esta uniforme herramienta hacen presa formidables antagonismos espirituales y se aprestan a una lucha de gigantes que ha empezado a jugar ya con las palancas del exterminio.

Pensamos sobre todo en aquellos aspectos del ser humano de los que la investigación de la naturaleza se ocupa especialmente. En el presente ensayo consideramos en primer término la biología, ya que debo hablar desde el terreno que mejor domina mi visión. Ahora bien, la contribución de la investigación de la vida tiene objetivamente suficiente importancia en la metamorfosis de la imagen del hombre como para justificar esta tónica.

Todos los influjos de las ciencias naturales sobre la imagen del hombre aparecen, a su vez, influidos por la total mutación del escenario en el que el drama del destino humano se representa.

Cuando —pocos años antes de la publicación de la obra cardinal de Darwin— Alejandro de Humboldt llevó a término la audaz empresa de ofrecer a sus contemporáneos, como obra de un solo individuo, su gran panorama del "Cosmos", dejó cautamente al margen del asunto, según él mismo nos dice, como ajenos a la investigación empírica, los oscuros problemas del devenir.

Los orígenes eran, para él, un misterio en el más hondo sentido de la palabra y no como un problema no resuelto aún. Está vivo en el "Cosmos" de Humboldt el concepto de Goethe, tal como, en 1828, se lo transmite a Carl Gustav Carus: "que nada surge como algo que ha sido ya previsto y que el pronóstico sólo queda esclarecido por lo pronosticado, lo

por el PROF. ADOLF PORTMANN
De la Universidad de Basilea

mismo que el presagio por su cumplimiento'. En el séquito de la investigación física se atropellan hoy unas a otras las teorías que pretenden resolver problemas cosmogónicos. Se discute la evolución de las galaxias y los resultados de la microbiología dan lugar a congresos sobre la investigación de los principios de la vida. La ciencia de la naturaleza conoce hoy una investigación de los orígenes. Este cambio tiene una larga historia. ¿No se inicia ya en el arte de Leonardo una visión dinámica en la que constituye el centro de la representación lo cambiante, el tránsito, lo transmutable, siendo sólo la imagen estática que permanece un insuficiente, inconcluso vehículo de metamorfosis?

Desde entonces el espíritu occidental desplega su pensamiento en grandes lapsos de la historia de la tierra, descubriendo, que, desde época remota, es lo corriente en el Oriente más lejano. Este descubrimiento del Oriente, en el viraje de los siglos XVII y XVIII, influyó también poderosamente en el manejo ocidental del tiempo del mundo.

Con bastantes vacilaciones aumentó Buffon, a mediados del siglo XVIII, a 75.000 años, los escasos milenios del cómputo del tiempo basado en la tradición bíblica. La irrupción hasta el cálculo por millones de años, sobrevino, rauda, después, determinando ya decisivamente la imagen de la naturaleza de Darwin, en 1830, la obra geológica de Lyell.

Hoy trabaja ya el entendimiento humano con varios miles de millones de años de historia de la tierra, con centenares de millones de años de evolución de los seres vivos y rastrea el devenir del hombre en un acontecer de treinta millones de años.

Aprendemos a calcular con tiempos que nuestra fantasía no alcanza ya a colmar con el contenido de la vivencia, con lapsos sólo reductibles por recurso a las fuerzas de la abstracción. Aquí y allá se reconoce el peligro de la insondable cima que se va abriendo con el distanciarse continuo entre saber abstracto y vivencia plena, colmada. Se echan de menos, sin embargo, los intentos educativos, formativos, para salir al paso de tamaño riesgo y encararlo como corresponde. Pero esto es capítulo aparte.

La imagen del hombre, tal como al espíritu es presentada por el temprano humanismo, tiene su asilo, su sede y su patria en un mun-

do no rozado aún por estas audacias del pensamiento. Tampoco las ideas que rigen y dirigen en el siglo XIX el último gran intento de un humanismo han experimentado el cambio manobrado en el pensamiento por la ciencia natural.

Sólo como el temprano darwinismo ingresa un hombre distinto en una escena con un fondo vastísimo de historia del mundo.

Entra ahora en acción una nueva imagen del hombre: postula una gradual transformación del tipo humano de existencia partiendo de una fase de preformación animal y basa también la futura evolución del género humano en el mismo juego de factores de que ha surgido la multiplicidad de las plantas y los animales. Según tal criterio, las variaciones hereditarias y las mutaciones constituyen también el fundamento de la futura evolución humana. La selección entre estas mutaciones determina nuestro destino, tal como ocurre en las especies vegetales y animales. Junto a estos fenómenos vitales básicos, para muchos investigadores el acontecer histórico determinado por el espíritu en esta fase de la teoría de la evolución es un mero epifenómeno, que existe, desde luego, que está ahí, pero sostenido y llevado por mucho más fundamentales procesos de lo vivo.

Mas he aquí que hoy nos encontramos en un viraje de la ruta. Mientras los criterios que acabamos de describir alcanzan apenas a ejercer su influjo, con verdadera amplitud, también sobre la opinión pública, en la esfera de la investigación misma va surgiendo una imagen distinta.

La gente, en general, apenas se da cuenta de este cambio en nuestro modo de juzgar la evolución humana. Incluso ocurre esto en más reducidos círculos de la investigación biológica. La imagen que se había ido formando bajo el influjo de una gran unidad del proceso de la evolución, es interpretada generalmente, sin más, como "la" contribución de la investigación de la vida al problema de lo humano. Ahora bien, desde hace tres décadas, una decisiva brecha ha empezado a abrirse en estas unitarias ideas de lo vivo.

Se trata del criterio de que al surgir la forma humana de existencia —sea cual fuere su devenir— se inicia una variante de la evolución totalmente nueva, una variante que se dispone a sobrepujar, en su acción y repercu-

sión planetarias, a la forma extrahumana de la evolución, la "vital", por llamarla así.

El examen, aún breve, de estos procesos, es de tal trascendencia, que deberemos considerar el asunto circunstancialmente. Elijo para nuestro atisbo descripciones de biólogos como Julián Huxley o Theodosius Dobzhansky, en cuyas tesis centrales se expresa también el criterio de eminentes antropólogos. Por lo pronto carece de importancia el que yo com, parta o no, en cada detalle, los puntos de vista de estos investigadores respecto de lo genéticamente condicionado de la evolución extrahumana. Sólo se trata de cómo juzgan la situación humana genéticos ilustres.

Decisivo es aquí el nuevo conocimiento de que, ante todo y sobre todo, nuestra forma cultural de vida es el operante factor esencial de la evolución. Esto significa por lo pronto que en la especial evolución del hombre no manobra las variaciones cardinales la transferencia de las mutaciones hereditarias de la disposición genética, sino que la tradición histórica, en virtud de nuestros modos de comunicación aprendidos, se encarga de transmitir lo recién creado. Los genéticos mismos hablan de "herencia social", insistiendo en que su efectividad supera con mucho el ritmo de la natural, de la herencia de la variación genética. La herencia social es el instrumento de una evolución acelerada de inauditas proporciones. Por la intensificación de los contactos, de la publicidad, del adiestramiento, de la economía, es cada vez más corto el lapso entre invenciones de índole técnica o artística de hondo influjo, fenómeno que por lo pronto sencillamente enunciarnos, sin atribuirle valor de ninguna especie.

De tan magna trascendencia como esto nuevo de una herencia social es el cambio de los modos de selección creados por el tipo de existencia humano. Trátase nada menos que del desplazamiento justamente de los más importantes factores "naturales" de la selección que determinan la acción de la evolución extrahumana por influjos de selección completamente distintos, que, resumiendo, designaremos como "noéticos" ("cognoscitivos") para enfrentarlos a los "vitales".

Si Julián Huxley considera hoy las ideas evolutivas de Pierre Teilhard de Chardin como extraordinaria contribución al cuadro de la evolución humana, no significa esto, cierta-

mente, que Huxley acepte todas las tesis del padre jesuita... pero significa la aceptación por un biólogo, ateo declarado, del especial modo de acción espiritual de la selección.

En el transcurso de la historia humana la selección natural, tal como se desenvuelve principalmente por la acción de microbios, parásitos, catástrofes de la naturaleza, influjos climáticos, y anteriormente también grandes animales hostiles, ha sido desplazada, cada vez más, por factores propios exclusivamente de nuestro ser de hombres. La acelerada eliminación de la vida superior animal extrahumana, el éxito de la beneficencia médica y social, traen consigo un rápido aumento de la población. Pero en vez de una incrementada lucha por la existencia, de este grupo, por influjo de factores naturales, surgen, en creciente medida, nuevos intentos de organización, entran en acción nuevas instituciones sociales, de efectividad ya tan intensa, que los partidarios rabiosos del temprano darwinismo están literalmente horrorizados, porque, a su modo de ver, la auténtica evolución, la vital, es falsificada, y provocada la rápida declinación de la humanidad. En este momento no se trata de un juicio sobre este hecho del creciente número de seres humanos... se trata del problema de los factores de la selección.

No necesitamos insistir en el hecho de que las recientes guerras de destrucción, han de evidenciarle seriamente al espíritu de nuestra época que con ellas no se produce "selección" en ningún sentido y que exterminio tan ciego jamás podrá ser positivo instrumento de auténtica evolución.

Dondequiera que las fuerzas noéticas entran en acción con amplio espíritu, la pura lucha de exterminio es eliminada, la posibilidad especial de múltiple despliegue de la selección, es intensificada y la transformación de la vida, acelerada.

La tendencia a evitar luchas de exterminio, de selección hostil a la especie, intraespecífica, es, por lo demás, característica de las fases psíquicas superiores de la vida de los animales. Pero mientras esta eliminación de la cruenta pérdida de substancia dentro de la especie ha alcanzado un alto grado de efectividad en el reino animal por recurso a formas de comportamiento heredadas —actitudes ceremoniales de dominio y sumisión, por ejemplo— su adopción, sujeta a reglas, en el caso

humano, es mucho menos segura al depender de decisiones espirituales y su libertad. La libertad es dádiva que trae riesgos consigo... No en vano en el intento de resguardar y asegurar la existencia, tan a menudo se prescinde hoy, sencillamente, de la libertad. Al canzar formas de entendimiento y conformidad que eviten la insensata destrucción de vidas humanas y valores humanos es una de las tareas centrales del presente político.

La peculiaridad del procedimiento selectivo en la evolución humana responde a la especificidad del material de arranque de la selección. El material decisivo de la selección no son las mutaciones hereditarias tal como sirven de material básico en la selección natural. Fundamento de la selección en el hombre son las diferencias de realización. En última instancia se basan también, en parte, en predisposiciones hereditarias, pero no son éstas lo seleccionado, sino los resultados obtenidos en el campo social de la tradición y en él operantes, ya se trate de logros de valor objetivo o de ventajas sociales de algún modo conseguidas. Un ejemplo del tipo humano de evolución es el proceso selectivo, que en la tarea de estímulo de las profesiones científicas va hoy combinado con una verdadera caza de talentos. En su busca de talentos, ninguna institución rastrea la señal de dotes hereditarias: se buscan los resultados de un complejo juego de adiestramiento, tradición y disposición, el logro, ya delineado, de un singular acontecer histórico, apto ya para ser juzgado. A nadie se le ocurre que existan factores hereditarios para la técnica cibernética, la bioquímica o la microbiología... Nadie ve hoy una esperanza para la selección del futuro en el nada opulento árbol genealógico de las dotes intelectuales, tan exaltado ayer por la investigación.

La selección se esfuerza hoy en afinar los medios que permitan asegurar el traspaso del acervo tradicional alcanzado a la próxima generación y asír la manifestación de talento ya en sus primeras realizaciones.

En la investigación genética de los últimos decenios ha quedado en claro que la destreza es la forma obligada de nuestra existencia, ya la consideremos como una nueva "segunda naturaleza" o como una "antinaturalidad".

Este conocimiento de los fundamentos es.

peciales de la evolución en el hombre queda ampliado por la consideración de la peculiaridad de nuestro devenir individual. Contra la norma para los mamíferos de masa encefálica humana, está prepostergado nuestro nacimiento. La adquisición del lenguaje, el andar erecto y los modos de comportamiento se logran por el contacto social obligado, no pueden conseguirse como un simple madurar en el aislamiento oscuro del claustro materno. Añádase el aumento, a muchos años, del lapso de desarrollo; también el retardo, hasta el final de este período, de la madurez sexual, es un eslabón de este plan del devenir. Es propia de lo humano una estructura de desarrollo que asegure la adquisición de un rico acervo tradicional en un prolongado período de adiestramiento y con ello también el desarrollo de las diferencias de dotes en que al cabo se basan la selección y la evolución histórica. La forma de vida histórica es una parte de la estructura fundamental de la especie homo. Haberse comprobado una rigurosa correlación entre modo de desarrollo y estructura de la existencia, es uno de los resultados cardinales que determinan la fisonomía de un humanismo actualmente en trance de advenimiento.

Está surgiendo una auténtica antropología que en su metódica aspira al logro de nuevas síntesis entre investigación de la naturaleza y ciencia histórica.

Con el conocimiento de lo especial de la forma de vida humana adquirimos también conciencia de la singular posición que corresponde a lo vital, como material de arranque, a las mutaciones hereditarias, en la sociedad humana y su evolución.

Pues claro que hay estas mutaciones. Son objeto de la investigación de la herencia en el hombre... muy especialmente en sus variantes nocivas. La aparición de nuevos daños transmisibles por herencia, de nuevos "mutantes", con los peligros de la radiación en nuestra época, se considera grave amenaza para el hombre.

Por lo mismo debemos dedicar un instante a la curiosa situación creada por la investigación genética. La mutación que puede generarse por radiación y química y que observamos como natural acontecer, es considerada como fuente de nuevas posibilidades, como instrumento que asegura su continuidad y

avance a la evolución.

Concedamos por lo pronto, en toda su amplitud, a estas mutaciones comprobadas, el papel que la mayoría de los neodarwinistas les atribuye. No discuto aquí el posible contenido de verdad de esta teoría, sino su posición respecto del problema de la evolución humana. Si dondequiera corresponde semejante papel a las mutaciones hoy conocidas, quiere decir, se que disponemos de la técnica que podría también impulsar en su avance más rápidamente a la evolución humana. Quien pretendiera, pues, implantar la evolución vital en la esfera humana y someter al hombre a las reglas del juego vital cabalmente, deberá proponerse, con fanática decisión, aplicar los instrumentos de la intensificación de las mutaciones en la misma forma en que los aplicamos ya en el cultivo y cría de plantas y animales. Tendríamos, pues, que estar dispuestos a provocar lo indecible en abortos, monstruosidades y degradaciones de lo humano, deformidades que, consecuentes con el sentido de la auténtica selección natural, deberíamos luego eliminar sin compasión en aras de las mutantes productivas, mucho más raras.

Aunque en la investigación se dejen oír aún, de vez en cuando, opiniones de hombres que ven en estos cultivos la salvación de la humanidad, considerándolos como crueldad satánica y necesaria, los biólogos de decisiva autoridad, por el contrario, ven hoy un desvarío en este vital cultivo del superhombre. Casi todos opinan que deben reprobarse estos procedimientos en la esfera de lo humano. Un genético de altísimo prestigio llega a la conclusión, justamente en 1959 —el año de Darwin—, de que quien en la esfera de la especie homo genere mutaciones y practique la selección vital comete crimen. Que nos permitamos comportamiento semejante con la planta y el animal es un oscuro problema de nuestra existencia. "Para el mundo animal y vegetal el hombre es, pura y simplemente, la criatura satánica"... ¡Debo recordar estas palabras de nuevo! Nos encontramos ante el requerimiento de un derecho a la vida de lo completamente distinto... de aquellos seres que el hombre es incapaz de crear. Este requerimiento forma parte también del nuevo pensamiento humanístico.

La conciencia moral nos veda generar mu-

taciones en lo humano. Pero es que también la genética misma refuta hoy el criterio de los rabiosos criadores de hombres, estimulando durante décadas por el temprano darwinismo.

Las mutaciones efectivas de positivo valor son tan raras, que el fenómeno social de la singular especie humana ha demostrado ser, desde tiempos increíblemente remotos, mucho más eficaz instrumento de la evolución. La selección de mutaciones vitalmente hereditarias representa en nosotros un papel insignificante frente a un proceso de selección institucionalmente condicionado. Claro que para las tareas sociales de la biología y la medicina sigue siendo útil y necesario el conocimiento de las mutaciones genéticas, mas no porque así esperemos encontrar las mutantes positivas, sino porque sólo con su conocimiento podremos, en casos evidentes, atajar el estrago de males hereditarios.

A esta noción del limitado papel de la mutación vital en la evolución de la humanidad no se le ha prestado la debida atención, con ser uno de los hechos biológicos más trascendentales de las dos últimas décadas. La importancia que a la historicidad da hoy la propia investigación biológica echa las bases para una colaboración entre investigación de la naturaleza y ciencias del espíritu.

El reconocimiento de la singularidad de nuestra evolución por la investigación genética tiene aún algunas consecuencias importantes para nuestro problema de la imagen del hombre. Una debe ser especialmente destacada por su importancia, esencial en el diseño de asirla con un amplio concepto.

Se trata de la posición respecto de la pluralidad de los grupos humanos, tal como se nos presenta en el total transcurso del tiempo históricamente aprehensible.

La unidad de lo humano, que no sólo comprobamos en lo corporal —en la aptitud para la generación fecunda, por ejemplo— sino, ante todo, en la fundamental posibilidad de una comunicación espiritual capaz de superar las vallas del lenguaje y la tradición, esta unidad humana, decimos, nos es aún desconocida en su génesis y lo seguirá siendo. Aún considerando como solución del problema la concepción neodarwinista, lo que muchos biólogos sólo hacen con grandes restricciones, las verdaderas vías evolutivas de los distintos

grupos humanos siguen siendo una incógnita. La unidad de lo humano está ahí, ante nosotros, como una realidad de la experiencia que se renueva con cada encuentro entre seres humanos de diverso linaje. Los mundos espirituales, tan distintos, que han fundado estos grupos humanos y de los que, cada uno, recibe la fuerza que requiere la conducción de su vida, estos mundos han surgido y se han consolidado en tiempos anteriores al gran injerto de las ciencias naturales en la conducta de la vida justamente. He aquí un hecho de incalculable alcance.

Viven todos de imágenes de una visión primaria del mundo: sobre la tierra, férrea en sus fundamentos, el cielo se comba, el sol sale por el este y se pone por el oeste cada día. La interpretación de las cosas de la naturaleza, en este largo alborotar del tiempo, tiene un carácter analógico, casi soñado, que ve zumbos misteriosamente afines en la sangre roja y el vino tinto y una enigmática correspondencia entre el fulgor del oro y el del sol. El pensar es sensitivo: el grano de trigo en la tierra y su germinar se transmutan en similitud de la muerte y resurrección del alma. Este pensamiento primario se desenvuelve en una urdimbre de imaginación y comprensión que ha contribuido a dar forma, en todos los grandes mundos espirituales, a lo que aún repercute y vive en el hombre sobre la tierra.

Todos los contenidos espirituales que determinan la vida de los pueblos y la multiplicidad de los lenguajes, están moldeados, sin excepción, por la dominante de una visión primaria del mundo que ha dado forma dura a imprecaderos tesoros, mas también a tremendos errores.

En esta pluralidad de visiones del mundo, típicas de cada grupo, se inserta hoy, con ímpetu irresistible, apremiado por la fuerza torrencial de la evolución técnica, un mundo secundario de la investigación de la naturaleza con las perspectivas de la navegación espacial, con el equipo matemático que en la física, la química y la biología impulsa a la investigación por el reino de lo invisible donde ha de encontrarse la clave del predominio, el poder sobre los fenómenos de la naturaleza y al fin sobre los hombres.

La irrupción de esta concepción secundaria con su poderío técnico crea nuevos problemas, que se le plantean de modo especialísimo a la

Universidad de Occidente. Se trata del problema de los valores creados por las naciones históricas en su peculiaridad y que se ven amenazados por la tendencia unificadora de la visión secundaria del mundo.

La diversidad de los mundos espirituales no es sólo un obstáculo, como a veces se pretende, en el designio de una unidad perseguida como meta final: es, ante todo, una riqueza del ser humano. Del mismo modo la variedad varón y hembra en el ser humano no debe valorizarse solamente en su función biológica, no sólo como división del trabajo al servicio de la conservación de la especie: es al mismo tiempo una riqueza, una ampliación de las posibilidades de toda vivencia del mundo, de encuentros, de formas. Lo mismo puede decirse de la diversidad de los grupos humanos.

La fuerza de expresión con que las distintas lenguas, por ejemplo, rebafando en el fondo de misterio del mundo en su nombrar inconsciente de las cosas, yerguen en la luz aspectos siempre nuevos, esta fuerza troqueladora del lenguaje repercute en los grupos humanos históricos en tan diversa forma que la opulencia de los giros verbales se convierte en un inaudito tesoro espiritual para la humanidad. En el reconocimiento del valor de la diversidad histórica veo, por lo tanto, el postulado esencial de un humanismo del futuro, mucho más si se tiene en cuenta la urgencia de un entendimiento universal.

No creo en un humanismo general, para todo el planeta, en un futuro lejano, sino en el humanismo especial de los grupos, nutriendose del rico pasado y la peculiaridad propia, con la comprensión de los demás allende las fronteras de tradición y lenguaje.

El viraje que ha llevado al reconocimiento de la vida histórica como condición especial de la evolución humana obliga a un nuevo examen de nuestra peculiaridad humana justamente.

Todas las decisiones para educar y guiar a los hombres dependen en última instancia de esta concepción fundamental sobre nuestro carácter.

Este problema ha cobrado un sentido nuevo en la última década en virtud de inespereados atisbos en la relación animal con el mundo en torno. El cambio que se ha manifestado en el concepto de la vida animal es aún

poco conocido: apenas se registra aún su presencia en el modo de pensar general. Debo intentar, pues, evidenciar algo por lo menos. Elijo las investigaciones que han demostrado la relación heredada de los animales con los fenómenos celestes.

Que un ave de paso, ya pertenezca a bandadas de migración diurna o nocturna, encuentre el rumbo ya en su primer gran viaje, se debe a facultades especiales de orientación en el espacio y en el tiempo. Se basa en una relación heredada con los fenómenos celestes y con el tiempo. Heredada es, por una parte, la mensura de la altura del sol en el curso del día y por otra parte un registro interno del transcurso del tiempo. Así se orientan lo mismo minúsculos cangrejos que abejas o lepidópteros, y así gobiernan sus migraciones las aves de paso de uno a otro hemisferio. En la época de su gran migración, el estornino vuela por la mañana a las 10 en distinto ángulo respecto del sol que a las 3 de la tarde. Vuela como si supiese la hora y el cambio de altura del sol. De la consciencia de estos procesos internos no sabemos nada, pero su existencia es un hecho totalmente comprobado.

Muy recientemente ha podido demostrarse que algunas aves de migración nocturna — el hecho tiene, ciertamente, carácter más general — guían su vuelo por las constelaciones. Para estas viajeras de la noche la orientación por la altura de los astros es algo tan hereditariamente seguro, tan ingénito en ellas como en las viajeras diurnas la relación con el sol. La relación con el cielo estrellado como dádiva innata... ¡peregrina herencia, por ventura! ¡No les preguntemos aún a los biólogos sobre la organización y las estructuras que hacen esto posible! Hace demasiado pocos años que tanteamos en el enigma de ese acaecer. Si me refiero a esta relación con el mundo es porque hemos planteado el problema de nuestra peculiaridad. Un pájaro del tamaño de una curruca, con un cerebro que pesa exactamente medio gramo, que puede posarse en la uña de nuestro meñique... ¡dispone de una relación innata con el cielo estrellado que le permite viajar sobre tierras y mares y volver, con certero rumbo, al viejo nido! Y el cerebro de 1 milímetro de anchura de un cangrejo de playa logra algo parecido, aunque más modestamente, en relación con el sol.

Destacamos lo heredado. Ahora bien, en

muchos casos, determinadas piezas de este ensamble son en el animal accesibles a la experiencia y el aprendizaje, incluso algunas están ya inicialmente estructuradas para la admisión de este influjo. El estudio de esta accesibilidad restringida de las formas de vida animales ha llegado en nuestros días a convertir, se en cardinal instrumento para una elucidación de la humana peculiaridad y sus correspondencias en la vida extrahumana.

Relación con el mundo hereditariamente preparada en el animal... ¿qué significa esto para una comprensión de nuestro propio modo de existencia?

La comparación con la astronavegación de un pajarillo, de una curruca, nos lleva a la entraña misma del problema. Sabemos de los años de adiestramiento, de aprendizaje y de experiencia que requiere la formación de un navegante del mar o del aire capaz de orientarse por las estrellas. Pero pensamos también en los siglos, en los milenios de experiencia transmitida por la tradición sobre cuya base se ha ido poco a poco elaborando el saber de una imagen del mundo que al cabo es la que hace posible el aprendizaje y el adiestramiento de todo nuevo navegante del mar y hará posible los de futuros navegantes del espacio. En sus contenidos conscientes nuestra relación con el mundo no es innata. Por eso la necesidad de tradición y aprendizaje ha dado lugar a ciertas teorías que ven el órgano de esta relación en la imagen de una página en blanco. Esta primera fase de las teorías evolutivas, que toca ya su fin, en lo esencial se ha limitado a destacar en la situación humana, la pérdida de los resortes de seguridad animal, la reducción y embotamiento de los instintos conservadores de la especie. Recae, así, el acento, sobre lo puramente negativo: ¡la facultad creadora se ve como un espacio vacío!

La investigación del comportamiento animal nos aconseja no imaginar más exigua la relación con el mundo, hereditariamente dada, en el germen humano, que en el de un ave de paso. No menor, ciertamente, pero muy distinta.

La investigación fisiológica completa el cuadro. Aporta el testimonio de que innumerales relaciones, hereditariamente dadas, preparadas, asentadas ya en el germen, regulan también en nosotros la vivencia de los senti-

dos, la experiencia, en forma innata. La psicología conoce valoraciones y contenidos visuales de colores, formas, tonos, que condicionan nuestra vida sensible previamente a toda experiencia de hecho.

La comparación con la amplitud y magnitud de la relación animal con el mundo cambia nuestra norma de medida; establece las premisas para nuevas valoraciones.

En vez de ver en el animal un aparato simplificado, los conocimientos actuales nos obligan a pensar en el animal con un concepto de grandiosidad que hasta hace bien poco tiempo hubiera merecido la repulsa de muchos investigadores como un desvarío romántico.

Desde luego la estructura del plasma humano no es de más exigua organización que la del pájaro. Es más rica. Es el instrumento hereditario de una relación con el mundo apta para lo que se ha llamado accesibilidad al mundo con expresión de gran énfasis. ¡Precisamente esta accesibilidad es, desde el comienzo mismo de la evolución del germen, predisposición hereditariamente asegurada y preparada! No conocemos la estructura del plasma, ni en la organización de la más conexa relación con el mundo del animal, ni en la que hace posible nuestra accesibilidad.

La estructura de la imagen de nuestra individual referencia al mundo exige como compensación una fuerza moldeadora que en virtud de firmes regulaciones asegure tanto el proceso individual de evolución como su articulación en el grupo. La organización del grupo, consolidada por la tradición con sus formas de expresión y relación, garantiza en el reino de lo humano lo que en la madurez del animal logra la presupuesta organización de los procesos hereditarios. ¡Las instituciones del grupo y las estructuras abiertas a la accesibilidad del individuo en cernerse constituyen una totalidad que en su obrar conjunto es análoga a los instrumentos heredados de la conservación de la especie en la vida animal! En la amplia franqueabilidad de nuestra predisposición individual reside, durante la vida entera, la posibilidad de creación virgen y con ella también la de una combinación, totalmente inesperada, de elementos de la cultura del grupo por obra de la creación individual del espíritu. Por tal manera, nuestro proceder activo con las instituciones conservadoras incluye también la posibilidad de la irrupción

hacia lo nuevo... la posibilidad de las mutaciones espirituales. Durante las últimas décadas la expresión ha sido usada, aquí y allá, para grandes transformaciones del espíritu, con ligereza, algunas veces, ciertamente, como si este crear nuevo fuese, en sí mismo, un proceso genético. Fatal confusión, por ventura.

La "mutación espiritual" evidencia una clara analogía con lo que la mutación vital trae consigo: en lo que se refiere a su aspecto conservador de la especie puede ser nociva, productiva o indiferente. Sólo su influjo en el hecho histórico decide sobre esta valorización evolutiva.

Nuevamente pensamos en la orientación del ave de migración nocturna, en esa relación con el cielo estrellado, tan difícilmente concebible. La he comparado con nuestros órganos abiertos a la relación con el mundo para evidenciar que en el mundo el ave es preservada por su estructura hereditaria en una forma inaudita. Debemos habituarnos a comprender que a la grandeza de esta preservación del animal responde la grandeza de nuestra accesibilidad a la relación con el mundo y que no la merma del instinto, sino la riqueza de la aptitud de relación constituye la peculiaridad de lo humano. Digo esto contra la idea que pretende ver en el hombre un ser defectuoso, compensado por la talla de dura selección, curtido y probado por ella.

Se trata, para nosotros, del cuadro de conjunto en el que es visto lo vivo tanto en el ave como en el hombre. Por lo tanto se trata de si hemos de concebir esta enigmática coordinación con el mundo de un organismo como algo hereditariamente concluso, cerrado ya, o como vivencia del mundo abierta a nueva y más vasta experiencia, que alguna vez, quien sabe si pronto, entregará su secreto a los afanes de la investigación, o si el observador, el experimentador, ha topado con esa situación de límite que hace presentir una tiniebla enorme, con una frontera sin umbrales, frente a la que el sabio se siente poseído con más fuerza por el sacro temor ante cuanto somos incapaces de crear que por las permeables estructuras con que manipula técnicamente.

Veo uno de los más trascendentales resultados de las últimas décadas de tarea biológica en el hecho de haber rozado las regiones donde el misterio de la relación con el mundo

por tan especial manera es evidente. Que la labor de la ciencia de la naturaleza lleva a situaciones de límite en las que algunos de nuestros conceptos no arrojan ya clara luz y en las que hemos de ver lo acertado en enunciados complementarios, es un hecho que, reconocido, lleva implícita la esperanza de reflexión, la evidencia de las limitaciones de lo que nos es propio y peculiar y adecuado a nuestras facultades. Y esta esperanza nos da también una respuesta a la pregunta que hemos formulado al principio: la de si existe aún hoy una posibilidad para esa actitud humana a la que se ha llamado humanismo.

A mi ver, diríase que en el viraje que se observa en la ciencia de la naturaleza de nuestro presente se manifiesta algo más que la amenaza de una ciega carrera asoladora de la técnica sin freno. Hay indicios de un cambio de clima en el que nuevamente podría re- verdecer lo que un día tanto contribuyó a la grandeza de Occidente, tránsito en el que la búsqueda de la verdad restituya al bastardeado lenguaje su excelencia, un espíritu en el que la devota aprensión, el temor sacro ante todo lo que somos incapaces de crear nos señale, con más clara persuasión, el lugar que corresponde al hombre en este mundo.

Me he referido al clima de la vida del espíritu. Ahora bien, ¿quién se atrevería a bosquejar en forma concreta la tarea reservada a la venidera generación? Sin embargo, a una de las constantes humanas debe eludir la biología: una constante con la que todo futuro debe contar necesariamente.

Lo que al principio de esta exposición hemos intentado bosquejar como el clima de un humanismo envuelve al hombre con un mundo de los sentidos en total plenitud; no le brinda sólo los grandes hechos de la abstracción; le ofrece también la abigarrada opulencia del tonante y policromo reino de las cualidades donde arraiga y fructifica la vida de las emociones. Sólo se observa humanidad plena allí donde se mantienen vivas las fuentes de este aspecto primario del mundo. Un espíritu así cobra fuerza para perseverar, sabe de seguridad y esperanza, no por el fluir de un pensamiento fundado en el tiempo telúrico tal como hoy se nos propone, es decir, en el cómputo de millones de años de vida de la tierra con que operamos científicamente, es verdad, pero con el que no podemos establecer una re-

lación de vivencia. Aquí se sitúan, a mi ver, los límites de un transhumanismo como el proclamado por Julián Huxley, así como de las visiones del futuro esbozadas por Teilhard de Chardin.

Lo que nos da fuerza y ánimo y voluntad, lo que en el dolor y la alegría nos conmueve, es una vivencia del tiempo que de la juventud a la vejez cambia su ritmo y que en el espacio histórico de las generaciones asequibles tiene su ámbito solariego. No hay historia de la Tierra, por importante que sea su conocimiento, que pueda reemplazar a la visión de la imagen histórica que obtiene su medida del tiempo de lo real y verdaderamente vivido. Una de las condiciones esenciales para que surja un nuevo clima de la vida del espíritu es el claro reconocimiento de los dos modos de visión del mundo en toda su trascendencia.

La tarea especial de la investigación de la naturaleza, es decir, la estructuración de una visión del mundo secundaria para un ser que arraigará siempre en la vivencia primaria, plantea graves problemas de educación.

La irrupción del mundo de la representación secundaria en la vivencia primaria de los pueblos no es un drama históricamente delimitado, algo que ocurre cabalmente en nuestra época y no volverá a repetirse. En cada paso de desarrollo se renueva. Cada niño, en estrecho contacto de años con la tradición de su grupo, debe formarse una imagen del mundo y de la vida que estará traspasada y nutrida por la experiencia limitada de todos los sentidos: la remota, la primaria imagen del mundo. La disposición de lo humano no admite ningún otro proceso de desarrollo si ha de constituirse rica y plena humanidad.

En los momentos en que, en una atmósfera de secreto, los grandes Estados adiestran hombres para el vuelo espacial, enseñándoles a moverse en estado de ingravidez, para sobreponerse, acaso, en el ser propio, lejos de la Tierra, a la relatividad del espacio y el tiempo, en estos momentos de la historia, la Universalidad debe considerar, muy especial y seriamente, que no sólo es responsable en lo que atañe al más eficaz logro de tamaños designios extraterrenales. A ella se le ha confiado también la atención solícita que reclama eso tan distinto y diverso: la relación con el mundo, fundamento de la vida terrenal, que colma

nuestra existencia de enigma y le ofrece una patria, relación con el mundo que es dádiva de lo que Werner Kaegi ha llamado "estremosa creadora". Requerirá todo el íntimo alienado de los mejores, de los responsables de la alta exploración del saber, no sólo el verificar la polaridad de estas exigencias cardinales, sino obrar de acuerdo con ellas. Veo en ello una de las grandes tareas de la Universidad para los días venideros que estamos contribuyendo a generar. Deberá formar hombres capaces de articular las dos visiones del mundo a través de las que es nuestro destino la

borar y vivir.

Debe lograrse lo que diríase paradoja: que en una época en que con supremo esfuerzo se trabaja en las conquistas de la visión secular del mundo —la época técnica justa, mente— fructifique, opulenta, la tan distinta vivencia primaria del mundo. Que a los jóvenes que buscan medida y centro para su devenir, así como a sus maestros, jamás les falte ese espíritu que al cabo es el único capaz de ordenar para la labor fecunda el paradójico mosaico de nuestra vida. Me refiero al don excelsa del amor consciente y sabio.

LAS ENFERMEDADES ALÉRGICAS Y SU ACTUAL INCREMENTO

por el DR. KARL HANSEN
De la Universidad de Heidelberg

Alergia y enfermedad alérgica son expresiones que han llegado, por desdicha, a convertirse en tópicos hasta tal punto, que muchos síntomas morbosos, cuyas verdaderas causas no han sido bien estudiadas o determinadas, son sencillamente calificados de alérgicos aunque con alergia nada tengan que ver.

Son muchos los que creen que también las auténticas alergias han aumentado efectivamente. Suelen atribuirlo a una evidente merma en la capacidad de resistencia del hombre moderno, que a su vez suponen consecuencia de las condiciones impuestas por la vida civilizada: el hombre no vive ya con la naturaleza, ni en la naturaleza, recluso en un mundo a ella remoto como es el de los centros urbanos e industriales. Falta el ejercicio físico, la holgura del movimiento. En vez del aire puro y saludable, se respira aire contaminado y asfixiante de las urbes manufactureras y sus locales de recreo. La alimentación es inadecuada e irregular. El frenesí del tráfico moderno y el acoso de la tarea inacabable agotan prematuramente. La necesidad de analgésicos y somníferos, por una parte, y de excitantes por otra, aumenta en forma descomedida. Estas alteraciones en las condiciones de vida y en las formas de existencia, con el tiempo acaban debilitando las libres fuerzas vitales y las resistencias naturales del ser humano —se piensa— y aquí han de buscarse, tal vez, las causas de las alergias y su supuesto aumento. ¿Son, entonces, las alergias, por así decirlo, una plaga de la civilización? No y sí.

No, si se buscan las causas en una resistencia interna del individuo quebrantada por los influjos de la civilización: es seguro que a esto no pueden atribuirse las alergias. Pues la disponibilidad a la reacción alérgica es una aptitud hondamente arraigada en nuestra constitución (y en la de todos los vertebrados) como defensa contra materias extrañas nocivas de naturaleza especial.

Sí, cuando se ven las causas en determinadas circunstancias externas agudizadas por las condiciones de la vida civilizada evidentemente. A ellas deberemos referir-